

esos años. Embellecen este libro 20 oportunas ilustraciones, algunas conocidas de carácter nacional y las menos conocidas tlaxcaltecas, pero igualmente bellas. Es verdad que habría convenido ampliar o precisar algunos pies de esas ilustraciones, pero de cualquier modo todos tienen su fuente respectiva.

El autor recoge, cuando menos en ocho ocasiones (pp. 84, 85, 138, 160, 236, 453, 456 y 458) la violencia anticlerical de varios personajes, que sin duda tiene una fundamentación documental, pero el hecho de que se base en una sola fuente limita esa "verdad histórica", porque una investigación que utilice otras fuentes podría ofrecer una imagen más equilibrada.

En suma, esta novela histórica cumple sobradamente con su carácter de novela, su relato es fluido y sus diálogos muy vivos (un útil glosario permite entender mejor el lenguaje coloquial de sus personajes). En cuanto historia también cumple con su propósito. Esta obra bellamente impresa enriquece la noble tradición de la novela histórica mexicana, dentro del marco de la historia regional.

Moisés González Navarro
El Colegio de México

DAVID G. LAFRANCE, *Revolution in Mexico's Heartland. Politics, War, and State Building in Puebla, 1913-1920*, Wilmington, Del., Scholarly Resources Inc., 2003, 305 pp. ISBN 200-30-0060-6

La revolución mexicana fue un proceso histórico complejo, multifacético, heterogéneo, diverso y plural, cuya expresión y manifestación local y regional, nacional y, más aún diplomática, entre 1910-1940, abrió y marcó a la historia mexicana del

siglo XX y, aún ahora, sigue vigente a través del conocimiento histórico, pero también dentro de nuestro bagaje cultural.

La historiografía de tema revolucionario ha sido una constante en la historia del siglo XX. Primero se expresó mediante la pluma de los protagonistas y testigos, los actores e intelectuales cuyas vivencias quedaron impresas dentro de la memoria colectiva. Luego fue materia permanente de la legitimidad y justificación de la llamada historia oficial, realizada por historiadores ligados al poder, pero también por aquellos intelectuales justificatorios que sirvieron a la legitimación oficial en turno. Después fue inquietud y análisis por parte de la historia académica, que le imprimió nuevos enfoques metodológicos, lo que permitió la realización de visiones globales y nacionalistas. Por último, ha sido debatida, revalorada y reescrita por el revisionismo historiográfico inaugurado y prevaleciente desde el decenio de los sesenta, con un gran impacto en la producción historiográfica de los últimos 20 años del siglo anterior, tanto en temas como en enfoques metodológicos. Pero por sobre todo, la historiografía regionalista, heredera o no del revisionismo, vinculada o no con la historia oficial, es la que ha sido la más productiva e impactante en el conocimiento historiográfico de la Revolución, y cuyo impacto aun ahora es destacado.

Los estudios regionales son los que más han aportado conocimientos y análisis sobre los antecedentes, desarrollo y consecuentes del proceso revolucionario mexicano, tanto en el ámbito de la historia oficial, como del revisionismo académico de los historiadores. Uno y otro ámbitos o esferas de la historiografía mexicana han avanzado, ni duda cabe, en el conocimiento complejo, diverso y plural de la Revolución, con las variables del tiempo y el espacio, pero también con el juego de las estructuras y coyunturas, sociales y económicas, políticas y culturales, que han conducido a multitud de conocimientos, interpretaciones y análisis historiográficos acerca de la Revolución, pero también

en la existencia multisocial de los actores históricos y los movimientos sociales que se dieron en el proceso revolucionario, principalmente, entre 1910-1940, que siguen siendo materia de la historiografía de enfoque regionalista.¹

El auge de los estudios históricos regionales no se ha detenido en la historiografía mexicana. Historiadores nacionales y extranjeros continúan estudiando y analizando la expresión de la revolución mexicana sin parar, gracias a nuevos y renovados enfoques provenientes de los avances en la historiografía mundial, gracias a la existencia, organización y funcionamiento de los archivos históricos personales, privados, municipales, estatales y nacionales, además de los repositorios del extranjero que contienen abundante información sobre México en ese periodo; pero también gracias a la vigencia y permanencia del mito, la memoria colectiva y la especialización de la escritura de la historia, como bien lo afirma Thomas Benjamin en una reciente publicación.²

La abundancia de estudios históricos de tema revolucionario ha conducido a la exploración de nuevos problemas de investigación, pero igual a nuevas tendencias historiográficas, tanto así, que ahora se ha abierto un panorama inmenso relacionado con la historia de los estados, las localidades, las multirregiones y la historia comparada; lo que ha conducido también a nuevas interpretaciones nacionales vinculadas con esa gran diversidad y heterogeneidad que caracteriza a la Revolución, antes, durante y después de que ese proceso histórico se manifestó. A esto deben sumarse los nuevos temas y tendencias historiográficas, como el

¹ Parte de estas reflexiones historiográficas se encuentran en Pablo SERRANO ÁLVAREZ, "Historiografía local y regional sobre la Revolución Mexicana", en *Sólo Historia*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 10 (oct.-dic. 2000), pp. 4-8.

² Thomas BENJAMÍN, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, México, Taurus, 2003, 309 pp., publicado originalmente en Estados Unidos en el año 2000.

resurgimiento de la historia política, el fortalecimiento de la biografía, las nuevas pautas de la historia cultural y los problemas vinculados con la historia económica, que brindan luces frescas acerca de la historia revolucionaria en los estudios regionales.³

Las aportaciones de David LaFrance en el conocimiento y análisis de la revolución mexicana, desde la perspectiva regional, en el caso de Puebla, en concreto, se han insertado dentro de la historia de la historiografía regionalista mexicana que, sobre todo en el decenio de los ochenta de la pasada centuria, ampliaron el panorama del enfoque regionalista de tema revolucionario.

El libro *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, publicado en México en pleno auge de la historiografía revisionista sobre la Revolución, en 1987,⁴ fue representativo del estudio y análisis de los antecedentes y de la eclosión revolucionaria de Madero en un estado de la República que puede caracterizarse como “revolucionario”, y que distinguió, indudablemente, a los poblanos dentro del cambio histórico que representó el llamado maderista a las armas a partir de noviembre de 1910, incluyendo la participación de uno de los primeros mártires revolucionarios, como lo fue Aquiles Serdán.

La aportación de LaFrance, en aquella publicación, que luego también se convirtió en un libro, publicado en Estados Unidos en 1989,⁵ sobre el maderismo y su impacto en los cambios político, económico, social y cultural, confirmó que en Puebla la Revolución representó un proceso que sacudió y trastornó las

³ Pablo SERRANO ÁLVAREZ, “Idilio y ruptura. Historia regional, historia nacional. Una revisión en el siglo XX mexicano”, mecanoscrito inédito, p. 10.

⁴ David LAFRANCE, *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, México, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1987.

⁵ David LAFRANCE, *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913: The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1989.

estructuras añejas del antiguo régimen oligárquico del porfiriato y, más aún, la participación de las clases populares poblanas, compuestas por artesanos, obreros, trabajadores, campesinos, burócratas, estudiantes y sectores medios, que enarbolaron la necesidad de la lucha democrática para modificar el orden existente y conducir a la entidad hacia su inserción dentro del proceso histórico nacional que llevó al maderismo al poder, también respetando, de alguna forma, a la autonomía regional y su separación de la influencia centralista que en el ámbito político se había experimentado en el largo proceso del porfiriato.

Los libros de LaFrance, sin duda, se convirtieron en clásicos dentro del revisionismo historiográfico regionalista de finales de los ochenta y principios de los noventa, que permitieron considerar al estado poblano como una entidad “revolucionaria”, distinta a aquellas que Luis González y González denominó como “revolucionadas” y “no revolucionarias”,⁶ quizás porque su situación geográfico-estratégica, dentro del gran centro de México, lo había permitido, pero mucho más, por la identificación del ideal democrático de Madero, que fue encabezado por los hermanos Serdán y que revolucionó a amplios sectores sociales poblanos. El impacto de la Revolución en Puebla no paró desde 1909, lo que se reflejó incluso, dentro de las subregiones, que se vieron inmersas en la lucha para combatir al caciquismo, a los hacendados, a los extranjeros y a los empresarios, como componentes de la oligarquía poblana que dominaban las estructuras sociales y económicas mediante el control político que las beneficiaba grandemente.

El maderismo representó una alternativa democrática que dimensionó grandes demandas sociales, permitió la movilización

⁶ Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, “La Revolución Mexicana desde el punto de vista de los revolucionados”, en *Historias*, 8 y 9 (ene.-jun. 1985), pp. 5-14.

de la sociedad y creó a un nuevo conjunto de líderes políticos, provenientes de la clase media urbana sobre todo, aunque surgieron otros provenientes de las zonas rurales, que mediante los procesos electorales, vinieron a crear una nueva cultura política en el estado poblano, donde la demanda de la autonomía localista fue una palestra importante y destacada, que luego no fue respetada por los maderistas en el poder, a pesar de la aportación de los poblanos en su ascenso. La desilusión y el desencanto desarticularon a los revolucionarios poblanos, neutralizando su presencia y organización, pero también su expresión dentro de la sociedad estatal.

Ahora, David LaFrance, después de muchos años de investigación y análisis, vuelve a emprender gran aportación historiográfica relacionada con un problema que resuelve suficientemente, como lo es el análisis histórico de la política, la guerra y la construcción del Estado en Puebla, entre 1913-1920, y que revisa con profundidad lo que sucedió después de la "decena trágica", que quitó al maderismo dentro del panorama nacional. La insurrección antihuertista retomó la lucha de los maderistas, que ahora aparecieron como uno de los tantos grupos que surgieron en el estado que se resistieron y movilizaron contra el huertismo.

La historia del periodo huertista, entre 1913-1914, no ha sido trabajada suficientemente por la historiografía de tema regional, excepto en algunos casos puntuales, sobre todo, en lo que se refiere a cómo el régimen de Victoriano Huerta, usurpador, militar, dictatorial y autoritario, quebró las autonomías estatales y regionales, mediante la designación de operadores políticos militares que, aliados con las oligarquías porfirianas, lograron el control político de las regiones, en un proceso de centralización política autoritaria que conducía, peligrosamente, a un estancamiento del ideal democrático del maderismo y en retroceso negativo del proceso revolucionario. La emergencia revolucionaria de los sectores populares, sin duda, se vio reprimida y perse-

guida, tanto en el orden político, como en el militar, por lo que amplios sectores tuvieron que ligar sus fuerzas, propuestas y demandas a las facciones revolucionarias que surgieron contra el huertismo.

La lucha fue encabezada entonces por una coalición dirigida por Venustiano Carranza, el "Primer Jefe", que desde el norte la organizó con el Plan de Guadalupe como palestra. Fue entonces cuando las facciones conllevaron a la emergencia fortalecida del zapatismo y del villismo que, aun con las diferencias con el carrancismo, favorecieron la emergencia nacional contra los huertistas, que ampliaron el marco de la guerra y movilizaron a los sectores populares, sobre todo, en los estados de la República que, como en el caso de Puebla, eran entidades revolucionarias que se oponían al huertismo bajo el ideal maderista que había encendido la mecha de la Revolución. Sin embargo, el enfrentamiento entre visiones y proyectos, demandas y programas, ocasionó una guerra violenta y cruel, cuyos acontecimientos épicos pulularon por doquier.

El caso poblano fue representativo en la emergencia y en la lucha contra el huertismo, que además, no respetaba los procesos de autonomía local y regional y, por añadidura, se convirtió en aliado de la oligarquía que seguía dominando las estructuras socioeconómicas y políticas poblanas. La resistencia antihuertista sublevó a toda la entidad poblana en una lucha que confrontaba el tradicionalismo contra la modernidad, pero donde la demanda más frecuente fue el respeto a las autonomías enarboladas por los caciques y los intermediarios, entre otros líderes recién surgidos en muchas localidades, sobre todo, contra la centralidad política que, aún internamente, se experimentaba dentro del estado de Puebla.

La resistencia poblana, la guerra de facciones, guerrillas y grupos sociales, ocasionó, sobre todo a partir de 1914, el despliegue del conflicto y la violencia de los sectores populares en el norte,

sur, centro, oeste y este del estado, incluyendo a varias zonas de Tlaxcala, de áreas colindantes con Oaxaca, Veracruz, Morelos, Guerrero y el Estado de México, donde la insurgencia representó gran diversidad y heterogeneidad, surgieron grupos identificados con el carrancismo o el constitucionalismo, como los provenientes del norte serrano; pero también grupos amplios identificados con la organización urbana de los ex maderistas con fuerza en la capital poblana; con los zapatistas que movilizaron a los sectores rurales en el sureste y el oeste; con el villismo por ciertas zonas del norte, que más bien eran grupúsculos adicionados a otros; con el arenismo proveniente de Tlaxcala y con los grupos de las colindancias con Oaxaca y Veracruz, identificados como radicales, y que encabezaban grupos rurales comandados por distintos líderes aguerridos.

La guerra en todos los frentes poblanos fue intensa durante 1914 y, a pesar de la toma de la capital poblana por los carrancistas, en agosto, la movilización no paró por su alto grado de conflictividad e identificación con las facciones en pugna. El control y las diferencias entre los carrancistas y constitucionalistas, con el resto de las facciones que actuaron en Puebla, emergieron entonces, el zapatismo, el villismo, el arenismo y los marquistas, sumados a los ex federales huertistas, mantuvieron a Puebla en un proceso de enfrentamiento y guerra que impidió el control político central, dentro del estado, e impidió la estabilidad deseada por los vencedores constitucionalistas. La Revolución entró entonces en, prácticamente, todas las zonas y subregiones del estado poblano, en una especie de guerra de guerrillas, que actuó en unas con programa, en otras desarticulada o espontáneamente, o lo peor, en respuesta a otros grupos que querían imponer su hegemonía dentro de la guerra. Todos los grupos se enfrentaron contra los intentos de la centralidad política, contra las políticas y la administración del centro estatal, pero también del centro del poder federal, sin conciliar ni negociar.

Entre 1914-1917, Puebla se caracterizó por la división, el enfrentamiento y la guerra violenta, con sus efectos claros dentro de las estructuras económica y social. Los gobernadores Coss, Cervantes y Castro, encargados del Poder Ejecutivo por el "Primer Jefe", y a pesar de que impulsaron reformas por decreto, en materias, agraria, educativa, laboral y anticlerical, no lograron contener las diferencias y enfrentamientos con las facciones en pugna, que ahora se expresaron entre los constitucionalistas y los convencionalistas, que dividieron a las facciones poblanas sin permitir el control y la estabilidad política, indispensables para implantar el programa político del constitucionalismo en el poder. La diferenciación social fue evidente también en ese contexto de inestabilidad, sobre todo, en los ámbitos locales del campo, pueblos y ciudades, haciendas y ranchos, comunidades y zonas, que se vieron inmersas en la guerra y los enfrentamientos armados y políticos. La dispersión del poder impidió la centralidad o, por lo menos, el control militar, administrativo y político.

Una importante aportación de LaFrance, en este libro que comentamos ahora, es la claridad en cuanto al proceso conflictivo que se experimentó entre el constitucionalismo y el convencionalismo, el primero, encabezó un programa político claro de reformas y acciones gubernamentales relacionadas con la economía y la sociedad; el segundo, encabezó la resistencia contra el intervencionismo, la centralidad gubernamental y la implantación de programas, apoyado por las facciones zapatistas, villistas, arenistas y marquistas, que no dejaron de actuar contra los rivales que eran ya los grandes vencedores de la Revolución en el estado, con el aval del centro nacional de poder representado por la figura de Venustiano Carranza. El enfrentamiento, entonces, se dio en torno a los procesos de autonomías local y regional, pero mucho más por la oposición de la tradición con la modernidad, cuestión puntual que retrasaba cualquier intento de centralidad o de los primeros indicios de construcción de un Estado nuevo.

Otro de los grandes vacíos de los estudios de tema revolucionario, sobre todo del revisionismo, ha sido la expresión del carrancismo en el poder, entre 1917-1920, sobre todo en lo que se refiere al tema novedoso de la autonomía regionalista en el proceso de construcción del Estado en el ámbito de las entidades de la República. Después de promulgarse la Constitución de 1917, se favoreció la reorganización del Estado emergido de la Revolución, pero también la reorganización de los estados de la República, mediante procesos electorales que organizaban a los Poderes Ejecutivo y Legislativo en cada entidad. Este proceso fue conflictivo en varios estados del país, por la actuación de grupos políticos contrarios, facciones y movimientos sociales, el bandidaje zapatista o villista o de otras facturas regionalistas, y la emergencia de nuevos grupos que actuaban dentro de la sociedad o de la política, sobre todo conformados por la clase media, sin contar con las resistencias de los sectores oligárquicos afectados por el constitucionalismo, compuestos por hacendados, extranjeros o miembros del clero.

En el caso de Puebla, ese proceso fue altamente significativo, impidiendo la estabilidad política que el régimen de Carranza quería establecer en el ámbito nacional, mediante gobernadores identificados con el programa político y social gubernamental que se quería implantar, y que luego quedaría establecido por la creación de la Carta Magna. La legitimidad que brindaban los procesos electorales o la existencia de partidos políticos y grupos sociopolíticos organizados, dieron la pauta para implantar un régimen de organización donde prevalecía el proceso de centralidad política y la concentración del poder, lo que favorecía el control y el combate de las resistencias y oposiciones, pero también, el logro de la pacificación del país.

Lo anterior se reflejó claramente en Puebla, como nos lo dice LaFrance, mediante la actuación de Alfonso Cabrera, quien llegó al poder a partir de julio de 1917, y quien, mediante la propaganda y el control político, permitió el inicio del proceso de

institucionalización del estado, mediante su intervención velada en el Poder Legislativo, el Poder Judicial, los gobiernos locales y el control de los partidos y procesos electorales, ya ni se diga de la prensa opositora. La implantación de la modernización política y económica, la estabilidad socioeconómica y la creación del programa gubernamental federal, mediante los rubros agrarios, laborales, educativos y anticlericales, sin embargo, tuvieron gran oposición por parte de la sociedad poblana, donde actuaban todavía las facciones zapatistas, villistas, arenistas, marquistas, ex federales felicistas y de la oposición entre gonzalistas y obregonistas que, en el orden político, nublaron la estabilidad institucional del gobierno de Cabrera y, obvio, menguaron los logros del carrancismo en Puebla, dentro de su enfrentamiento por el proceso electoral federal de 1920. El grado de conflicto y violencia no paró el ritmo, mucho menos en la esfera política.

La situación política poblana hacia 1920 permaneció caracterizada por la atomización, la división y la violencia, impidiendo la construcción y acción del Estado y la actuación estable del gobierno estatal. Los villistas en el norte, los zapatistas en el sur, adicionadas a los grupos políticos locales que se enfrentaron por el tema de la sucesión presidencial, dieron al traste con la estabilidad y el control gubernamental del carrancismo. El problema del logro de la autonomía poblana, tanto en lo estatal, como en lo local, no fue resuelto pese a los intentos de los vencedores de la Revolución en el carrancismo, mucho menos, nos dice LaFrance, durante los 20 años siguientes a 1920, es decir, que Puebla continuó caracterizada por un proceso de grandes demandas y enfrentamientos que dificultaron la hegemonía política del centro nacional, pero también el logro de la autonomía local en varias esferas de la vida poblana.

El problema de investigación que LaFrance se plantea desde el inicio de este libro es resuelto de manera suficiente, por medio de importante sustento documental, hemerográfico y secundario,

que le permite brindar una interpretación novedosa y original acerca de la historia revolucionaria en Puebla, principalmente, a través del eje conductor del análisis de la política, la guerra y las dificultades en la construcción del Estado revolucionario poblano. A este logro, sin duda, debe agregarse la forma en que LaFrance hilvana la historia política con la socioeconómica y, más aún, con el entretendido del importante factor de la diversidad de una guerra que mantuvo en jaque a la región, donde la diferenciación de las demandas de las autonomías fue la principal y fundamental razón de un proceso histórico caracterizado por la violencia y el conflicto. Ni el huertismo, pero tampoco el carrancismo y el constitucionalismo, lograron derribar la emergencia revolucionaria que el maderismo había desatado en el estado poblano desde 1909 y, más aún, como lo anuncia el autor, esta situación perduró más allá, hasta la década de los cuarenta, cuando Puebla entró al orden modernizador, institucional y desarrollista de la posrevolución mexicana.

Puebla, entonces, y se confirma con este libro, fue un estado revolucionario, que entre 1913-1920, experimentó un proceso histórico de enfrentamiento, movilización, conflicto e inestabilidad, cuyos rasgos principales se expresaron y confluieron en el logro y puesta en marcha de la demanda de la autonomía regional que enarbolaban los distintos grupos sociales y políticos, que por lo regular actuaron contra la implantación de un Estado centralizado, ajeno a los intereses e identidad de los poblanos, aun dentro de la conformación geográfica de la entidad, pues cada subregión adquirió características especiales en cuanto al grado de conflicto, demandas, líderes y movimientos, cuestión que sin duda determinó la permanencia de la inestabilidad hasta el decenio de los cuarenta.

Este nuevo libro de David LaFrance es una gran aportación historiográfica que continúa con la interpretación revisionista de las características que tuvo la revolución mexicana, entre 1913-1920, en los estados de la República, y que viene a continuar con el

esfuerzo de brindar interpretaciones novedosas relacionadas con el desarrollo y efectos inmediatos que el proceso revolucionario produjo, especialmente durante el huertismo, el carrancismo y el constitucionalismo, conectados con la historia política, pero también en lo que se refiere al cambio de las estructuras socioeconómicas locales y estatales que, en estados como Puebla, reflejaron el dinamismo de la Revolución, pero también su complejidad para establecerse en la realidad histórica de la posrevolución.

Confiemos en que la historia posrevolucionaria de Puebla, entre 1920-1940, también sea trabajada por David LaFrance, lo que sin duda sería otra importante aportación historiográfica que, como ésta que comentamos hoy, brinde un espectro de conocimientos y análisis sobre las variantes regionales y estatales que tuvo ese proceso dentro del escenario nacional. Esta revisión, sin duda, nos permitirá evaluar la importancia que Puebla ha tenido en la historia contemporánea del siglo XX, y donde la Revolución tuvo un impacto destacado y permanente dentro de la historia política, económica, social y cultural, estructuras que se hilvanan para entender la identidad que ha caracterizado a Puebla como ente estatal y regional. Por último, quiero destacar que este libro de David LaFrance es inteligente, novedoso y original, que demuestra sus intenciones de relatar y narrar un periodo destacado de la historia de Puebla, entre 1913-1920, donde el énfasis en torno a la autonomía y los movimientos sociales marcaron la pauta del proceso histórico revolucionario que caracterizó a la sociedad poblana.

Confío en que este libro pronto sea traducido y publicado en español, para que los poblanos conozcan su historia y se identifiquen como parte de un proceso histórico complejo y dinámico, de su identidad regional, de su evolución contemporánea, pero también de su presente.

Pablo Serrano Álvarez

*Instituto Nacional de Estudios Históricos
de la Revolución Mexicana*